

**Juan Cortés: «Las esculturas del Santuario leonés de Nuestra Señora del Camino», *Destino*, 7 de mayo de 1960, p. 42**

### **Una magnífica obra de Subirachs**

Mientras vayan saliendo por ahí personas que, con más fantasía que espíritu de observación, vuelvan una y otra vez al tópico de que lo que les falta a los artistas de hoy para poder darnos un arte religioso plenamente satisfactorio es piedad y devoción, tendremos que sentirnos obligados a expresar nuestra opinión del todo contraria a tal supuesto. Quienes en aquella forma se manifiestan dan prueba, improvisándose de tal modo en zahoríes de los sentimientos ajenos, de una ligereza de raciocinio impertinente, gratuita y arriesgada, recusable sin paliativo alguno. De la piedad de cada cual a penas si sabe cada cual de una manera cierta y auténtica y a nuestro entender lo mejor será dejarla de lado sin meter en ella manos ajenas que no sean las de quienes por su ministerio se hallan particularmente facultados para ello.

Mal andaría la humanidad toda si el sentimiento religioso hubiese que ir de par con el sentido estético artístico que informa sus manifestaciones; en este caso las artes plásticas como en otros la música, la literatura o la liturgia – no se asuste nadie, pues hemos visto ante nuestros ojos modificarse fórmulas y maneras que si se transforman a fin de lograr una mayor eficacia para la edificación de las almas y una mayor pureza cultural, no presupone ello ningún baldón de impiedad para quienes establecieron o mantuvieron sus formas anteriores-. Los problemas del arte religioso son, hoy –como fueron siempre-, los del arte en general. El que la comunicabilidad exigible e imprescindible de que ha de ser agente la producción de los artistas que al mismo dediquen su trabajo sea más o menos bien lograda, no deja de ser cuestión de estricta profesionalidad. Y no de piedad sentida en mayor o menor grado. Si así no fuera, las mejores obras de arte religioso nos las darían las personas más devotas y virtuosas que el arte se dedicaran, cosa que no creemos haya nadie que se atreva a sostener.

Al artista toca darse cuenta, por intuición, por intelección o por ambas a la vez –caso, éste, el más deseable y estimable- de los elementos y accidentes que ha de saber jugar para lograr el resultado apetecido. Otra cosa es, claro está, la íntima armonía con que ellos se acuerden con la calidad intrínseca, independiente de cualquier significado, que da vida a su creación como obra de arte. Pero cuando esta calidad se acompaña de una clara y completa percepción del autor del sentimiento que está llamado a servir por habersele hecho suyo en profundidad y compenetración confundiendo esta percepción y aquella armonía en un todo compacto e indestructible, toda aspiración está colmada.

El arte de nuestros días, con sus luchas, con sus rebuscas, con la drástica escisión de sus más activos y pugnativos sectores con respecto a todo lo pasado, su desenfrenado divagar, su insatisfacción constante, su tremenda dispersión de esfuerzos en demanda de tantas y tan distintas finalidades, que es su razón, motivo y fatalidad, si se hace reconocer, por el sentir general que

le inspira, como verdadero, efectivo y fidedigno, muy pocas veces llega a satisfacernos en las realizaciones que nos ofrece.

Y mucho menos lo logra cuando, en las artes espaciales, renuncia, en aras de quién sabe qué sutilidades pseudoespiritualistas, renuncia a sus atributos más elementales de plasticidad, de sentido de la forma, de contenido estructural. Sea profano, sea religioso, nunca el arte bi o tridimensional tiene que desentenderse de esas entidades que constituyen su más íntima esencia. Acaso la presencia de éstas en la obra no sea producto de un escolasticismo aplicable según método y recetario y mucho más hijo de un sentimiento en ningún modo susceptible de aprehensión y doma, infunde en ella esa sensación de plenitud, de conclusión y de hondura vital que tan pocas veces nos es comunicada y que se nos da, cuando el artista se halla verdaderamente dotado, a través de cualquier forma de expresión que asuma.

Este es el caso del escultor José María Subirachs. De los artistas tridimensionales de nuestras últimas promociones es, quizá, el que con un instinto más vivo, con mayor intensidad, con mayor energía, siente esa plasticidad. Escultor, insobornablemente escultor, todas sus creaciones se nos presentan amasadas con ese empuje que domina la forma, que sujeta las masas, que avasalla la materia y gobierna las estructuras, desde su más prominente turgencia hasta su hueco más recóndito, sus más macizas convexidades y sus más abiertas concavidades, en orden, ritmo, equilibrio y concreción, sin divagación ni reblandecimiento, en aristas imperativas y en autoritarios planos. Arbitrario a veces y diversificando en ocasiones sus intentos en direcciones especulativas de pura invención, descoyuntando en otras, los elementos reales en transposiciones donde se introduce frecuentemente una simbología áspera y violenta, o dándonos de unas morfologías reales e indubitables una interpretación enardecida, contundente, sin anfibología posible y palpitantes de vitalidad, José María Subirachs nunca deja de ser un escultor integral.

El santuario de Nuestra Señora del Camino –llamado así por hallarse sobre el camino de Santiago- ha sido cedido a los PP. Dominicos, quienes lo han transformado radicalmente, sustituyendo la antigua arquitectura, sin belleza ni carácter, por otra nueva, de la que se ha encargado el arquitecto don Francisco Coello de Portugal. Abierto concurso para la decoración del templo, mientras el de la pintura era ganado por Ráfols Casamada, el de la escultura lo era por Subirachs.

Se trata de un templo de planta basilical, de 50 x 16 metros, con un campanario de 50 m. de altura. Su arquitectura, simplicísima, ha de ir decorada en su fachada, sobre la puerta, por una representación de la Pentecostés realizada en bronce cuyas figuras tendrán cinco metros de altura, cubriendo en su total una superficie de 120 metros cuadrados. Ejecutará Subirachs, también, las dos puertas del crucero, igualmente en bronce, la una dedicada al apóstol San Pablo y la otra, a San Froilán, obispo de León así como el «Vía Crucis», el Cristo, los púlpitos, la pila, la custodia, el sagrario, etc., con lo que será obtenida una unidad absoluta en esta decoración.

Le faltaba a nuestro escultor ocasión semejante, en la que le ha sido concedida toda libertad de trabajar sin traba alguna, para ejecutar una obra en la que pudiese poner a contribución sus espléndidos dotes, ansiosas de ejercerse con la máxima latitud en dimensiones e invención. La realización que le ha sido confiada es, por sus proporciones, por su extensión, por su índole y por su categoría, de más que serio compromiso.

Gigantea, solemne, como movidos por un impulso ascensional y pareciendo sus bultos estremecidos en un temblor de llama en el movimiento de las sombras y batimientos que dibujaran los surcos y planos de sus relieves, se desarrollará sobre el fondo de piedra del hastial la broncea teoría patinada del apostolado, presidida por la aguzada figura de la Virgen, sobre cuyo pecho abrirá sus alas el símbolo del Espíritu Santo. Modelados a grandes volúmenes simplicísimos, con sus atributos destacándose sobre sus cuerpos cuyas vestimentas dibujan esquinaduras y estrías de rectilíneas y decididos surcos, sus rostros, tratados con energía impresionante, sus facciones inquisitivamente cinceladas por la acentuación expresiva de cada rasgo, recortando sin titubeos, obsesionadamente vividos, los doce apóstoles y la Virgen del Santuario del Camino han de ser uno de los conjuntos más persuasivos de cómo el espíritu del arte moderno puede ponerse a disposición del sentimiento religioso y servirle con toda fidelidad en su necesidad de comunicación.

No es por nada que la Iglesia defendió y sostuvo en todo tiempo la representación física de la divinidad y no es por nada, tampoco, que ha utilizado siempre la pintura y la escultura iconográficas como precioso e importantísimo elemento para el culto. Así lo ha comprendido Subirachs y así lo entendieron quienes pusieron en él su confianza. Los que abominan del materialismo en las imágenes –así llaman ellos a toda representación más o menos legible- y a su propósito resucitan los argumentos y teorías de la primitiva iconoclastia, poco asidero habrán de encontrar para su execración en las formidables representaciones de Subirachs, donde el lenguaje de la más entera concepción plástica –al fin y al cabo, no por expresarse en materia tangible deja de ser espiritual- se funde y hermana con el de la inspiración religiosa.

Otros elementos escultóricos, que hemos indicado ya, han sido encargados a Subirachs para ese templo. De ellos, tiene terminada ya la puerta de San Pablo. Toda ella de bronce, como hemos dicho, también, sobre su superficie roída, oxidada y arañada con finísimo acierto, se inscriben en incisión rehundida los nombres de los grandes episodios de la vida del apóstol y de sus epístolas. En relieve de arista rectilínea se dibujan unas palabras de San Pablo y la advocación de la puerta. En otro relieve, cortado, asimismo, como a troquel, como el famoso tímpano de Sant Genís les Fonts, pero más escueto aún, en su detalle, en la parte superior de la hoja de la derecha está figurado el martirio de San Esteban; más abajo, en la misma hoja, la escena del camino de Damasco modelada con mayor pormenor pero con la misma energía en el acuse de los límites de cada forma. Vertical, en la hoja de la izquierda la alargada figura de San Pablo, hierática y grave, sostiene delante de su cuerpo una gran espada.

Por lo que hemos dicho del bronce de la puerta y hemos señalado al hablar del apostolado, habrá entendido el lector esta aleación estará cuidada en sus efectos y, efectivamente, lo ha sido hasta su máximo extremo. Por otra parte, en las figuras, después de la esmerada fundición de que han sido objeto, el trabajo de cincel que en ellas ha realizado Subirachs para poner en resalte los detalles más expresivos y corregir y pulir de su mano lo que del vaciado saliera, llevando la obra a su último acabamiento, ha sido efficacísimo y certero en lo que hasta ahora ha dado por terminado. Lo mismo habrá de ser en todo lo demás.